

Nació en Bogotá en el año 1923. A contracorriente con la imagen del poeta solitario y sufriente, Mutis es amiguelo, bebedor reposado y generoso. Conocedor profundo de la historia de occidente y lector agudo de las literaturas europeas influyó en las rutas literarias de su gran amigo, Gabriel García Márquez. Mutis trabajó en locución radial y en actividades cinematográficas. La revista *Mito*, fundada y dirigida por Jorge Gaitán Durán, constituyó, a la manera de la estafeta, el contacto con los escritores latinoamericanos y europeos de su tiempo. El arraigo en México deviene de la experiencia vivida en Lecumberri, desde donde conocerá a Octavio Paz, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, entre otros escritores que identificarán en sus poemas una propuesta estética innovadora. Como novelista marcará el paso en las décadas de 1980 y 1990, en torno a la saga que tiene como protagonista al célebre Maqroll el Gaviero, ya presente en sus primeros textos poéticos. La primera obra de Mutis se titula *La balanza*, obra escrita junto con Carlos Patiño, que data de 1948. En su orden irán apareciendo: *Los elementos del desastre* (1953), *Reseña de los hospitales de ultramar* (1959), *Diario de Lecumberri* (1960), *Los trabajos perdidos* (1964), *Summa de Maqroll el Gaviero* (1973), *La mansión de Araucaíma* (1973), *Caravansary* (1981), *Poesía y prosa* (1982), *Los emisarios* (1984), *Crónica regia y alabanza del reino* (1985), *La nieve del almirante* (1986), *Illona llega con la lluvia* (1987), *Un bel morir* (1988), *La última escala del Tramp Steamer* (1989), *Amirbar* (1990), *Abdul Bushur, soñador de navíos* (1992). Entre los tantos premios recibidos por Mutis es necesario destacar el Príncipe de Asturias, otorgado en el año 1997 y el Cervantes en el 2001.

Álvaro  
Mutis



JOSÉ GUADALUPE ROSADA  
GRAVADO

## PONDERACIÓN Y SIGNO DEL TEQUILA

*Para María y Juan Palomar*

El tequila es una pálida llama que atraviesa los muros  
y vuela sobre los tejados como alivio a la desesperanza.  
El tequila no es para los hombres de mar  
porque empaña los instrumentos de navegación  
no obedece a las tácitas órdenes del viento.  
Pero el tequila, en cambio, es grato a quienes viajan en tren  
y a quienes conducen las locomotoras, porque es fiel  
y obcecado en su lealtad al paralelo delirio de los rieles  
y a la fugaz acogida en las estaciones,  
donde el tren se detiene para testimoniar  
su inescrutable destino de errancia.  
Hay árboles bajo cuya sombra es deleitoso beberlo  
con la parsimonia de quien predicó en el viento  
y otros árboles hay donde el tequila no soporta la umbría  
que opaca sus poderes y en cuyas ramas se mece  
una flor azul como el color que anuncia los frascos de veneno.  
Cuando el tequila agita sus banderas de orillas dentadas,  
la batalla se detiene y los ejércitos tornan  
al orden que se proponían imponer.  
Dos escuderos lo acompañan a menudo: la sal y el limón.  
Pero está listo siempre a entablar el diálogo  
sin otro apoyo que su lustral transparencia.  
En principio el tequila no conoce fronteras.  
Pero hay climas que le son propicios  
como hay horas que le pertenecen con sabia plenitud:

cuando llega la noche a establecer sus tiendas,  
en el esplendor de un meridiano sin obligaciones,  
en la más alta tiniebla de las dudas y perplejidades.  
Es entonces cuando el tequila nos brinda su lección consoladora,  
su infalible gozo, su indulgencia sin reservas.  
También hay manjares que exigen su presencia,  
son aquellos que propició la tierra que los vio nacer.  
Inconcebible sería que no fraternizaran con certeza milenaria.  
Romper ese pacto sería grave falta contra un dogma prescrito  
para aliviar la escabrosa tarea de vivir.  
Si "la ginebra sonríe como una niña muerta"  
el tequila nos atisba con sus verdes ojos de prudente centinela.  
El tequila no tiene historia, no hay anécdota  
que confirme su nacimiento. Es así desde el principio  
de los tiempos, porque es don de los dioses  
y no suelen ellos fabular cuando conceden.  
Ese es oficio de mortales, hijos del pánico y la costumbre.  
Así es el tequila y así ha de acompañarnos  
hasta el silencio del que nadie regresa.  
Alabado sea, pues, hasta el final de nuestros días  
y alabada su cotidiana diligencia para negar ese término.